El hijo de nadie

«Aunque mi padre y mi madre me abandonen, el Señor me recibirá en sus brazos» (Salmos 27: 10, NVI).

DATOS DE INTERÉS

☛ Moldavia se encuentra al oeste de Rusia y tiene por frontera a Ukrania y Rumania. Tiene una población de 4.5 millones. Chisinau, la capital y la ciudad más grande de Moldavia, tiene aproximadamente 1 millón de habitantes. Desde el 2006, casi 12,000 adventistas viven en Moldavia, o sea, un adventista por cada 383 personas.

☛ La lengua oficial es el moldavo, que se asemeja bastante al rumano. Sin embargo, la mayoría de las personas aún hablan el ruso, desde la era soviética.

☛ El grupo religioso más numeroso es el cristiano ortodoxo, lo que comprende justo un poquito menos que la mitad de la población. Otras denominaciones cristianas totalizan alrededor del 15 por ciento de la población.

☛ El país tiene tierras ricas y un clima cálido, lo cual hace posible producir cosechas abundantes de frutas y verduras, especialmente uvas.

Yura, un niño de doce años, sabe lo que es estar desamparado, rechazado, y no tener casa; ser un hijo de nadie. Ahora está aprendiendo lo que es ser aceptado y amado por Dios y sus amigos.

Una vida difícil

Yura nació en un pueblito de Moldavia. *[Localice Moldavia en el mapa.]* Desde pequeño tuvo que trabajar mucho para ayudar a sus padres. La vida de Yura no era muy feliz. Cuando su mamá murió, el padre lo mandó a un internado de gobierno especialmente para niños cuyos padres no pueden cuidar de ellos. El colegio tenía otros 600 internos y ninguno se fijaba en Yura. A nadie parecía importarle si él se sentía solo, ni nadie lo tomaba en cuenta cuando se sentaba en un rincón a llorar.

Yura decidió escaparse del colegio y volver a su casa; pero al llegar el papá sólo lo regañó y lo regresó al internado.

Yura estaba muy decepcionado de tener que vivir en el instituto para niños. Como lo trataban muy mal, se volvió a escapar y nuevamente regresó a su casa. Pero al llegar, sólo encontró que su padre se había casado con otra mujer, y ella no quería tenerlo ahí. Una vez más el padre de Yura lo llevó al internado, pero esta vez firmó los docu-

mentos necesarios para quitarse completamente la responsabilidad referente a su hijo. Imagínense saber que su propio padre no los quiere. ¿Cómo se sentirían? *[Deje que responda un niño.]*

El prófugo

Yura fue llevado a vivir a un orfanatorio, pero todavía no estaba contento. Otra vez escapó y fue con su papá. De nuevo intentó decirle a su padre lo feo que era vivir en el orfanatorio. El papá permitió que Yura quedara en casa un par de días mientras le buscaba un hogar.

—¿Acaso nadie me quiere? —se preguntaba el niño—. ¿Acaso no pertenezco a nadie?

El padre lo llevó de nuevo a la ciudad donde el trabajador social lo llevó a su nuevo hogar. Yura se preparó para enfrentar una vez más otro orfanatorio sucio y para lidiar con los tormentos de los demás niños. Pero se sorprendió cuando el oficial se estacionó junto a una casa, una verdadera casa. Al entrar, observó que los pisos estaban limpios y recién pulidos; las paredes pintadas con colores radiantes que reflejaban un ambiente alegre. La madre del hogar lo saludó con una sonrisa y le presentó a algunos de los muchachos, quienes le dieron la bienvenida y enseñaron la casa.

¡Guau!, pensó Yura, *¡este lugar sí que es diferente!* Y sí lo era.

Un hogar de esperanza

Los niños charlaban felizmente mientras Yura caminaba con los preceptores hacia su nuevo cuarto. Estaba pintado en diferentes tonos de verde, y tenía camas con colchas de varios colores brillantes. Le dieron su propio ropero para guardar su escasa ropa y un espacio en un closet. Miró alrededor hacia las ventanas grandes que no tenían barras sobre ellas. *¿Estoy soñando?* se preguntó. Pero no estaba soñando. El *Hogar Arco Iris para Niños* sería su casa hasta que encontrara un hogar nuevo.

—Me gusta aquí —dijo Yura—. Los niños son amables, y los preceptores nos tratan bien. Si hacemos algo mal, no nos golpean. Nos hablan y nos enseñan lo que es correcto. Y en vez de ser un hijo único, ahora tengo 25 hermanos y hermanas. ¡Por fin tengo una familia!

—Los sábados, un grupo de adolescentes nos vienen a visitar. Nos enseñan cantos de Jesús y nos cuentan historias acerca de Dios. Estoy aprendiendo que cuando me sentía solo y olvidado, Dios estaba conmigo. Cuando sentía que era el niño de nadie, Dios me llamó para ser su niño. Estoy aprendiendo a orar y hablar con Dios de las cosas que me pasan. Estoy muy contento de haber encontrado un lugar en el *Hogar Arco Iris para Niños*.

Niños y niñas, estoy muy contenta de que Yura sepa que es un hijo de Dios. Todos somos hijos de Dios, por lo tanto Yura y los otros niños en el *Hogar Arco Iris para Niños* son nuestros hermanos y hermanas. Oremos por ellos esta semana y pidámosle a Dios que los ayude a conocer a su hermano mayor, Jesús.

La próxima semana conoceremos a otros niños que viven en el *Hogar Arco Iris para Niños*. Asegúrense de venir para escuchar sus relatos.